

**| CAPÍTULO 3 |****Relaciones sociales con las tecnologías****Las tecnologías digitales en el día a día**

En este apartado se presenta el análisis de relatos, testimonios y observaciones que conforman una superficie textual cuyo recorrido nos permite comprender la manera en que las mujeres inscriben a las tecnologías digitales en su vida cotidiana, en sus hábitos y rutinas, las estrategias para administrar y valorar esa relación y los modos en que se representan a sí mismas en ella.

Iniciamos nuestro análisis en este punto sobre la base de dos consideraciones centrales para la perspectiva que se expone en estas páginas. En primer lugar, apoyándonos en la prolífica tradición teórico-epistemológica de investigaciones que incorporan la perspectiva de género, y que han dado cuenta de la manera particular en que las mujeres se relacionan con el autorelato, más precisamente con las posibilidades de significación de la propia experiencia, de uso del lenguaje y con los registros de inteligibilidad. Esta relación, definida frecuentemente como relación con el “lenguaje del amo” implica que la manera en que a las mujeres les resulta posible nombrar y construir en relato sus propias experiencias está mediada por las lógicas de repertorios de significación pretendidamente neutros aunque no lo sean. Resulta necesario indagar esos relatos no como testimonios fieles de una situación sino como tramas de sentido –superficies textuales, escenas

culturales– en que tanto la consideración de los lugares de habla asumidos como las circunstancias biográficas y empíricas que atraviesan esos discursos habilitarían la posibilidad de una comprensión que abra el foco de la articulación opresor/oprimido y nos permita acercarnos a otras lecturas posibles de las experiencias relatadas (Minh-Ha, 1989). Dar cuenta de esto en la etapa inicial nos habilita a dialogar con estas consideraciones a lo largo del capítulo y deja sentada desde el principio la posición desde la cual nos aproximamos a la manera en que las mujeres nombran –o pueden nombrar– sus relaciones con las tecnologías.

El segundo motivo para establecer este punto de inicio está lejos de la intención de la visibilidad por la visibilidad misma a modo de legitimadora autosuficiente de un punto de llegada previsible de antemano. Nuestra intención, por el contrario, es asumir estas observaciones preliminares como uno entre varios puntos de partida, como una de las líneas a partir de las cuales nos introducimos en la comprensión de las maneras en que la experiencia es construida, sin olvidar la importancia de tener en cuenta los modos en que las experiencias son comprendidas y nombradas, pero a la vez sin hacer de este dato el argumento único a partir del cual contrastar la complejidad de aspectos implicados en la experiencia y su comprensión.

En trabajos iniciales en el campo de los estudios de las culturas digitales resulta habitual que los relatos acerca de la manera en que las TICs se incorporan a las rutinas diarias de vida sean entendidos a primera vista como testimonios del caos introducido en las coordenadas espacio temporales de las personas a partir de la irrupción tecnológica, cuando no como elementos que ponen en crisis o suprimen dichas coordenadas dejando a los sujetos sumidos en la confusión (Castells, 2008 [1999]). Durante las últimas dos décadas, esas observaciones han

sido problematizadas y complejizadas, especialmente desde la práctica de la etnografía virtual, iniciándose líneas de indagación que buscan conocer la especificidad inherente a los modos de inclusión de las TICs en las vidas de las personas en contextos diversos a partir de las lógicas que marcan la experiencia de los sujetos (Hine, 2004; Ardevol, 2011). La intención básica es evitar circunscribir de antemano y a modo nostálgico estas lógicas a la comparación con las “tradicionales” formas de organización de la vida y, por lo tanto, no presuponerlas como inscriptas en un proceso de crisis o desgaste de valores, sino comprenderlas del modo en que son experimentadas.

Es evidente que algunas prácticas y actividades que involucran a las TICs no hubieran sido posibles ni necesarias diez años atrás, por lo que su novedad no puede negarse. Pero esos nuevos factores involucrados en las configuraciones de los modos de estructurar tiempos, espacios y relaciones en la vida diaria no necesariamente son experimentados como caos o como elementos desencadenantes de desorientación, es decir, no es esta la única interpretación viable. A esto se suma que el sentido pragmático en la administración del tiempo y del espacio, aquel que sugiere que todo lo que se hace debe tener una finalidad práctica y empírica inmediata, no se presenta como el único articulador posible de la inserción de las TICs en la cotidianidad. Esta inclusión puede ser comprendida y relatada también desde las emociones, las expectativas, las imposiciones sociales y los deseos; cuestiones que si bien revisten también la tendencia a la búsqueda de un beneficio o una satisfacción en términos subjetivos, no son en todas las oportunidades compatibles con lo que comúnmente se entendería como acciones provechosas o útiles.

Lo expuesto sugiere que el ordenamiento de los tiempos y los espacios, lejos de concebirse como una sucesión de segmentos ordenados

cronológicamente y bien diferenciados entre sí, con un fin útil y provechoso, por el contrario, puede ser presentado también a modo de un entretejido de momentos y lugares que se transitan y se construyen con una cierta lógica de repetición y estabilidad. Aunque, también, con una apertura explícita a la inestabilidad y provisoriedad, donde la tensión entre modos tradicionales de vivir y construir los tiempos y espacios – especialmente en lo doméstico–, y opciones estratégicas relativamente nuevas, se encuentra, al menos a primera vista, ocluida.

En este punto cabe señalar qué entendemos por uso estratégico. De acuerdo con De Certeau (1999), las estrategias son acciones producidas desde las instituciones o avaladas explícitamente por esas estructuras, son reconocidas como poseedoras de lugar propio, tienen capacidad de anticipación y de organización del tiempo y el espacio cotidianos; las estrategias implican leyes, normas y prescripciones, son productoras de discursos, su legitimidad se sostiene en el tiempo y se refuerza apelando a la historia. Mientras que las tácticas se caracterizan como prácticas ejercidas por los débiles, al no tener lugar propio se actúan y nombran en los lugares y términos del otro, del poderoso; son prácticas no sistemáticas, no previsibles, creativas, no acumulativas; no poseen autonomía, pero forman parte de la red de sentidos en que se producen las prácticas de los poderosos y las marcan. Sin embargo, estos dos modos de accionar no suelen encontrarse delimitados exactamente sino que muchas veces los modos de accionar de los agentes pretendidamente débiles hacen usos no previstos de los espacios, tiempos y repertorios de organización dominantes (Haraway, 1995). Al desplazarlos a otros registros de comprensión no podría decirse que conservan la esferización táctica/estrategia sino que esta se transforma en un cruce de tensiones entre lo sostenido de

modo dominante y los usos, las posiciones o las identidades alternativas que los redefinen y al mismo tiempo los actualizan. A fin de evitar la redundancia de aclaraciones y las confusiones terminológicas, en adelante optaremos por utilizar el término *estrategia* para referirnos a los modos de acción inscriptos en la tensión entre las estructuras instituidas y legitimadas históricamente, y las apropiaciones y los ejercicios creativos y no previstos de las mismas.

A modo de última observación preliminar a propósito del análisis, es importante señalar que las posiciones asumidas y configuradas por las actoras en sus relatos no son fijas, sino que se transitan alternativamente o en forma superpuesta. El análisis crítico no busca estabilidades ni clausuras definitivas, por lo que la multiplicidad de posiciones asumidas por las actoras no ve contradicciones, sino que se aproxima al acontecimiento e intenta dar cuenta del modo en que las experiencias se configuran en el movimiento del hacer y del habitar.

### ***Los tiempos. Hogar, trabajo, estudio y tiempo libre***

El tiempo que se dedica al uso de tecnologías en el hogar se mezcla con las obligaciones domésticas y familiares en la construcción del día a día, de modo fragmentario y vertiginoso, aunque no percibido ni presentado como problemático por sí mismo<sup>32</sup>.

---

<sup>32</sup>Pregunta: “¿Qué hacés cuando llegás a tu casa después del trabajo?”

Respuesta: “Almuerzo, pongo la casa en orden porque hay que tender camas, hay que limpiar los platos del mediodía, como yo sola pero tengo que poner (...) limpio la cocina, nada, si tengo diez minutos me acuesto un ratito y sino bueno, siempre me surge algo, siempre hay algo para hacer. Me conecto un rato en internet y bueno ya se me hacen..., cuando quiero darme cuenta ya se me hicieron las cinco de la tarde, entre que puse el lavarropas otra vez, planché dos o tres cositas porque trato de no dejar, entonces voy

Los factores que las mujeres reconocen como conflictivos en relación al uso de la computadora o del celular para conectarse a internet desde el hogar se originan principalmente en las demandas familiares que reciben en cuanto a la atención y la realización de tareas domésticas. Estas situaciones no se presentan diferentes de acuerdo a la finalidad, los objetivos o el tipo de actividad a la que se dedique el tiempo de uso de TICs, constituyéndose en reclamos de tenor similar tanto cuando se usa internet para cumplir tareas académicas inherentes a su condición de estudiantes en un entorno virtual o con fines sociales o recreativos.

Esta demanda puede presentarse como un reclamo directo y explícito, el cual parece encontrar legitimidad en la consideración del tiempo de la mujer frente a la pantalla como poco valioso o una prioridad mal establecida, ya que la demanda por el ejercicio de tareas domésticas se presenta como evidentemente más importante o al menos prioritaria. También suelen presentarse introyectadas a modo de reflexiones personales que tensan los límites entre el mandato familiar y las expectativas de progreso personal o de independencia<sup>33</sup>.

Si bien este tema será analizado en profundidad más adelante, es sugerente introducir aquí la observación de un primer contraste acerca de lo que ocurre con la familia cuando es un hombre quien dedica muchas horas de su tiempo en el hogar al uso de TICs para su estudio en un en-

---

planchando a medida que voy lavando, y nada, ya se me hicieron las cinco, ya tuve que ir a buscar a mi nene. Después las compras, la comida y en el momento, en ese intervalo, en el momento que tengo tiempo me conecto.” (Carmen. Entrevista realizada por la autora.)

<sup>33</sup>“Siempre está la pregunta, siempre está la duda, si vale la pena estar hasta altas horas o no comer, o comer adelante de la computadora que me pasó mucho tiempo de comer adelante de la computadora, o sentarte a la mesa pero comer todo rápido porque sabés que tenés que volver al foro o a la videoconferencia.” (Gisela. Entrevista realizada por la autora.)

torno virtual. En este caso, de acuerdo al análisis de base empírica, la demanda no solo no es explícita, sino que parece limitarse frente al reconocimiento de la importancia de esas actividades y en la legitimación de aquellas como prioritarias en función de los fines que persigue. No se valora el estar frente a la pantalla en función del monto de tiempo que eso insume y la consiguiente quita de tiempo a otras actividades, sino que se valora en razón del fin que se busca alcanzar con esa actividad. La relación de los hombres con las tecnologías, en este caso, tiende a presentarse como natural y lógica, al mismo tiempo que se recubre de importancia y prestigio en sí misma. Por el contrario, la relación de las mujeres con las TICs es configurada en términos naturalizados como accesorio, banal e irrelevante (Castaño, 2008; Wajcman, 2008). Esto, entre otros factores que se analizarán luego, podría relacionarse con el hecho observado de que las mujeres tienden a presentar el uso de su tiempo con las TICs, cualquiera sea su fin, como factor de ajuste en la administración diaria de las actividades. Es decir, es lo primero que se abandona, se considera abandonar o se relega ante las demandas por el cumplimiento de los roles entendidos tradicionalmente como femeninos.

Otra línea que marca la organización del tiempo que se dedica a las relaciones con tecnologías en la vida diaria tiene que ver con el compromiso corporal que esto implica. Este se presenta como la prueba más acabada y evidente de los efectos perjudiciales que el uso habitual de TICs tendría en la vida de las mujeres, tanto por la erosión de las relaciones familiares mediante la desatención de los hijos o de las tareas domésticas, como por el deterioro de la salud que este tiempo frente a la pantalla implicaría.

Bajo el argumento de los efectos negativos que el uso de TICs tendría sobre la salud o sobre el confort, encontramos la naturalización

de la demanda por disponer del cuerpo de la mujer como capital familiar o como propiedad masculina. La disponibilidad como proveedora de servicios domésticos, reproductivos, de cuidado y atención es recortada cuando parte de su tiempo se invierte en actividades que, como el uso de TICs con cualquier fin, son significadas generalmente como tiempo propio o personal<sup>34</sup>.

La amenaza a la salud y al bienestar familiar se inscribe en un relato de relación cotidiana con las TICs en el que, lejos de considerarlas placenteras, facilitadoras para realizar actividades diarias o portadoras de opciones al alcance de cualquiera como lo sugiere el imaginario más extendido sobre las bondades de las tecnologías digitales, estas actividades son vinculadas con la idea de sacrificio. Especialmente en el caso de las mujeres, el uso de TICs en el ámbito del hogar para cualquier fin implica exponer, arriesgar o renunciar a algo, ya sea la salud, el descanso, la estabilidad familiar o la emocional. Se naturaliza el relato del sacrificio extra que implica para las mujeres el intentar hacer cosas mediante el uso de tecnologías digitales, especialmente cuando este esfuerzo es compartido por un grupo de mujeres que se encuentra en situaciones similares<sup>35</sup>.

---

<sup>34</sup>Pregunta: “¿Qué te decía la familia?”

Respuesta: “Estaba muy flaca porque estaba amamantando y bueno, siempre estás nerviosa porque te llaman a todo momento del trabajo, no tenés un horario, y no te podés dar..., por ejemplo, en el día no podés hacer ninguna actividad tranquila de la UNPA, entonces estás nerviosa todo el día.” (Gisela. Entrevista realizada por la autora.)

<sup>35</sup>“El trabajo en grupo casi siempre lo terminamos haciendo en el horario de 22 a 4 o 5 de la mañana justamente porque todas somos madres y todas tenemos hijos y todas trabajamos, digamos, entonces al trabajar en grupo también está la responsabilidad de todos, y al tener eso en común de que somos madres y todas trabajamos acordamos un horario siempre de 22 horas en adelante hasta 4, 5 de la mañana a veces.” (Gisela. Entrevista realizada por la autora.)

Es así como a la banalización del uso de TICs por parte de las mujeres, se suma su representación como amenaza para su salud y su confort –como veremos más adelante, también para su seguridad–, y como actividad que demanda un sacrificio extra de tiempo y energía además de implicar estar dispuestas a arriesgar o renunciar a algo. Comienzan aquí a vislumbrarse los aspectos más evidentes de un entramado social que desalienta sistemáticamente la relación de las mujeres con las tecnologías.

Ahora bien, una de las características específicas del grupo analizado es que se trata de mujeres que cursan estudios superiores en un entorno virtual de aprendizaje, de modo que su relación con las TICs puede entenderse como motivada, alentada o condicionada en parte por las obligaciones académicas, aunque sin desconocer que los usos recreativos y sociales que se realizan por fuera de la institución universitaria y por iniciativa propia, es decir, sin que medien consignas o requerimientos formales, marcan igualmente los modos de constitución de relaciones sociales con las tecnologías digitales (Barreto, García y Asensio, 2013).

Diversas autoras han develado que los caminos más frecuentes de iniciación de las mujeres jóvenes y adultas en el contacto con las TICs son los de la actividad académica o laboral, ya que en el entorno del hogar el uso de las tecnologías por parte de las mujeres, especialmente si se trata de adultas, es desalentado en favor de las labores domésticas y la maternidad (Gros Salvat, 2012; Castaño, 2008; Peña, Mazzitelli y Sabanes Plou, 2012; Bonder, 2008; Boix, 2002; Burkle y González, 2006; Castaño, Martín y Vázquez, 2008; Causa 2009). En ese entorno, las tareas domésticas son entendidas como articuladoras prioritarias del tiempo femenino y, en el mismo movimiento, se significa a las TICs

–y su tendencia a delimitar tiempo propio– como incompatibles con las tareas tradicionalmente reservadas a las mujeres.

En las experiencias analizadas, el uso de las TICs no solo se inicia en el entorno académico o laboral sino que se trata también de los ámbitos donde dedicar tiempo a la relación con tecnologías digitales se vuelve posible y menos conflictivo. Como se mencionó, el tiempo dedicado a las TICs en los hogares se flexibiliza y se distribuye en períodos cortos y difíciles de planificar o prever en los huecos que van dejando otras actividades a lo largo del día<sup>36</sup>.

En las situaciones reconocidas como marcadores del inicio en el uso de TICs por parte de las mujeres, las obligaciones académicas del entorno virtual de aprendizaje se presentan como el motivo decisivo para el inicio o la intensificación –en los casos en que había uso previo– del tiempo dedicado a la relación con las tecnologías.

La finalidad de esos usos y las actividades que se realizan mediante las TICs –ya sean estas académicas, sociales o recreativas– se van diversificando y las opciones de lo posible se amplían, especialmente en términos recreativos o sociales, a medida que ese uso se vuelve habitual y se percibe como seguro, dejando atrás la inseguridad, el miedo y la frustración que, según antecedentes consultados, marcarían el aprendizaje del manejo de TICs por parte de las mujeres (Barreto, García y Asensio, 2013; Bonder, 2006, 2008 y 2011). Esa conquista de una cierta seguridad y autonomía en el uso de tecnologías digitales,

---

<sup>36</sup>Pregunta: “¿Entonces entrás a la plataforma desde tu casa? ¿No vas al cibereducativo?”  
Respuesta: “No, no, yo tengo mi computadora y trabajo desde mi casa, de mi trabajo más que de mi casa. Tengo que ocupar el tiempo más potable que tengo ¿entendés? Porque en ese horario los chicos están durmiendo y es un silencio, nadie me molesta.” (Mirta. Entrevista realizada por la autora.)

así como la continuidad de su uso y la incorporación al horizonte habitual de actividades diarias, es asociada directamente con la conformación de una comunidad de pares que actúa como sostén y como aliento para ello<sup>37</sup>.

Lo hasta aquí expuesto plantea evidentes inconsistencias entre lo que puede definirse ampliamente como imaginario tecnológico contemporáneo y la manera en que las tecnologías son inscriptas por las mujeres en sus rutinas. Algunos autores han señalado que las TICs pueden ser entendidas como el núcleo del imaginario tecnocomunicacional de la sociedad de la información. De este modo, las tecnologías digitales, entendidas como articuladoras del imaginario social contemporáneo, apoyarían su espesor significativo en dos pilares: la eficacia experimentada y la promesa anunciada. Bajo las reglas de inteligibilidad de dicho imaginario, las TICs se articulan al resto de los elementos y las relaciones que conforman la vida cotidiana según las reglas de funcionamiento y condiciones de posibilidad. De acuerdo con esta línea de pensamiento, cuando decimos *tecnologías digitales* nombramos un conjunto de aparatos, prácticas sociales y realidades que ocupan un lugar central en el modo en que la sociedad contemporánea se representa al mundo, sus sueños y sus deseos. Por su ambigüedad pueden ser pensadas como modos de sostener el orden establecido o como instrumentos para el cambio. Desde ese imaginario, las TICs se representan como materialidad externa, armónica, coherente, visible y enunciable de modo aproblemático. En el mismo movi-

---

<sup>37</sup>“Era un desafío primero, después me compré escáner, todo ¿viste? Así que bueno, me fui haciendo. Me fui haciendo en casa y con la ayuda de compañeras, que eso es fundamental. La contención de tus compañeras es fundamental.” (Marcela. Entrevista realizada por la autora.)

miento, se instituyen como marca de cohesión de época, que encarna lo contemporáneo y materializa un tipo de seres humanos y de relaciones con su entorno que no existiría de otro modo, presentándose también como inextricablemente unidas a cualquier concepción del futuro tanto personal como social (Cabrera, 2006).

Es así como el imaginario tecnocomunicacional actual, cuyo principal agente es el mercado de circulación y consumo de equipamientos tecnológicos y de servicios de conectividad, constituye a las TICs en el núcleo del modo de ser y de concebir la vida en la época contemporánea. Además las recubre de valores en función de los cambios beneficiosos que estas podrían aportar a las vidas de las personas, entre ellos, la flexibilidad temporal que implicaría la liberación de las imposiciones de compartimentación de los tiempos al permitir la simultaneidad de tareas y la desterritorialización de las actividades, que volvería cualquier punto del planeta inmediatamente accesible a voluntad de un usuario uniforme, características que elevarían a las TICs al nivel de vehiculizadoras de los deseos y las metas personales y sociales, facilitadoras de su cumplimiento, cuando no absolutamente necesarias para ello. La sumatoria de estas ventajas atribuidas a las TICs desembocaría inevitablemente, según esta línea de pensamiento, en una adhesión significante entre las tecnologías y la mejora en la calidad de vida de las personas, lo que volvería a las tecnologías no solo deseables sino necesarias (Cabrera, 2006).

En contraste con esto, los relatos de las mujeres ponen en evidencia las múltiples estrategias que deben instrumentarse para incorporar a las TICs en las tareas diarias, las tensiones que esto conlleva en función de las expectativas que recaen sobre la mujer para el cumplimiento de las tareas y roles que le son asignados como propios y el

incremento en el esfuerzo invertido o en las dificultades interpuestas para la realización de cualquier actividad mediada tecnológicamente, así como el desaliento y la banalización de esas actividades por parte de las personas más próximas.

Resulta evidente la tensión entre la manera en que las mujeres experimentan y construyen sus relaciones con las tecnologías digitales y el imaginario extendido que instituye las bondades inherentes a las tecnologías, constituyéndolas como universales. A su vez, son justamente las imposiciones estereotípicas que recaen sobre la cotidianidad femenina y los hitos constituidos como marcadores obligatorios en la trayectoria de vida deseable de las mujeres, como la maternidad y el matrimonio, es decir, son los elementos del “deber ser” femenino los que introducen imposibilidades, obstáculos y tensiones en la constitución de relaciones sociales con las tecnologías.

Este dato sugiere, en primer lugar, la necesidad de plantear minuciosa y críticamente los aspectos invisibilizados de los modos en que se adjudica sentido universalmente válido a las TICs. Abre también la posibilidad de reflexionar hasta qué punto la obstaculización más o menos velada de las relaciones de las mujeres con las tecnologías, instrumentada en mecanismos cotidianos micropolíticos de desaliento y banalización, y la institución del “deber ser” femenino como introductor de imposibilidades espacio-temporales a las que no está permitido sortear a través de las TICs, son funcionales al sostenimiento de la vigencia de esas valoraciones hegemónicas sobre las tecnologías. Es decir, si son condiciones de posibilidad de ese sistema de valores e imaginarios, sostén –mediante la exclusión de las mujeres– del sistema de saber/poder en que se apoya la relación de identificación entre masculinidad y tecnologías.

El tiempo libre, entendido como tiempo propio, que puede ser dedicado al esparcimiento y a la recreación, diferenciado del tiempo dedicado al trabajo remunerado o al descanso, presenta algunas complejidades específicas cuando se habla del día a día de las mujeres. En la configuración de la vida cotidiana se superponen diferentes ritmos temporales definidos de acuerdo con la finalidad principal que ocupa o protagoniza diferentes segmentos de tiempo. Es así como se suelen definir estos ritmos en torno al trabajo, el descanso reparador, los tiempos familiares y de trabajo doméstico, los tiempos de ocio y el tiempo libre, entre otros. El tiempo libre se caracteriza por ser tiempo definido o reconocido negativamente, como tiempo de ausencia de las demás ocupaciones, que supone la existencia de un tiempo que no es libre o no es llenado con actividades obligatorias que hacen a la necesaria reproducción de las condiciones diarias de existencia (Rodríguez, 2010).

En el caso de las mujeres, estudios sobre el uso del tiempo han enfatizado que cuando se trata de la demanda familiar de tiempo de cuidado, ellas son las principales responsables de dicha actividad, sobre quienes recae de modo naturalizado la responsabilidad de cuidado de niños, adultos mayores y enfermos en el marco de la familia. El cuidado no se restringe al tiempo que se dedica a dicha actividad concretamente sino que implica otros aspectos instrumentales relacionados con la disponibilidad de quien provee cuidados, aspectos que son precisamente los que acarrear ciertos costos extra para quienes se encargan de proveer cuidados a otros miembros de la familia, ya sea en términos de energía, de bienestar y de restricción de posibles usos alternativos del tiempo como trabajo remunerado, tiempo libre o de ocio (Esquivel, Faur y Jelín, 2012).

Entre los diversos aspectos implicados en el tiempo dedicado a proveer cuidados familiares, dicha tarea no solo recae casi exclusivamente en las mujeres, sino que además, el cuidado de personas ocurre de manera simultánea con la realización de otras actividades consideradas propias de las mujeres, por lo que es frecuente que su inscripción en las tareas domésticas –también invisibilizadas en su calidad de trabajo– obstaculice la posibilidad de visibilizarla por fuera de las rutinas atribuidas a la cotidianidad típicamente femenina. Por este motivo, resulta habitual que las agentes de dichas tareas las describan como secundarias o de poco valor, aunque cuando la necesidad de cuidado entra en conflicto con el tiempo del trabajo remunerado, es posible que se privilegien las responsabilidades de cuidado por sobre cualquier otra dada su naturalización como rol propiamente femenino (Esquivel, Faur y Jelin, 2012).

La posibilidad de configuración de tiempo libre así entendido se ubica por fuera de los límites de lo posible o de lo deseable en tanto roles o expectativas permitidos para las mujeres, oculta a sus experiencias cotidianas bajo la presión que ejercen los mandatos sociales sobre el “deber ser” femenino y el rol de la mujer en el hogar.

Dado que la manera en que las mujeres estructuran tiempos, espacios y relaciones, al igual que los relatos sobre esas estructuraciones, está marcada frecuentemente por el ritmo de las tareas domésticas, reproductivas y de cuidado, el tiempo libre –definido en términos negativos– suele aparecer identificado con la ausencia de trabajo remunerado, aunque no con la ausencia de tareas domésticas o con la posibilidad de esparcimiento o tiempo propio, ya que el tiempo libre de la mujer suele ser tiempo dedica a la familia, no tiempo privado.

Como se observó, el tiempo que se dedica a actividades relacionadas con TICs es entendido tanto por las mujeres como por sus en-

tornos como tiempo propio, es decir, como imposible de apropiarse o compartir por otras tareas que se legitiman como más pertinentes o deseables para la mujer en el ámbito del hogar. Esta situación, además de hacerse explícita en demandas, tensiones y reclamos que recaen sobre las mujeres y sus relaciones con las tecnologías, también habilita líneas de reflexión acerca de la manera en que ese tiempo propio es inscripto en las rutinas diarias de las mujeres.

En los relatos de las mujeres, los tiempos libres o los períodos que potencialmente podrían ser entendidos como tiempo libre, se estructuran en torno a las TICs ya sea por obligación o por placer, configurándose las tecnologías como actores comunes a los escenarios en que las mujeres consideran que están ejerciendo tiempo propio o libre<sup>38</sup>.

Diversas autoras han observado la apertura de un cierto espacio de autonomía y de intimidad para las mujeres habilitado por la utilización de las tecnologías digitales. Desde esta perspectiva, el uso de esas tecnologías para chatear o para conectarse a redes sociales, que ha sido señalado como el más valorado por las mujeres (Natansohn, 2013; Bonder, 2012; Castaño, 2008), permitiría cierto grado de libertad en las relaciones al posibilitar el mantenimiento de diálogos no sometidos al control familiar, el contacto con personas fuera del círculo íntimo y las posibilidades de sortear los controles morales sobre la conducta de las mujeres al establecer relaciones sociales (Barreto, García y Asensio, 2013). En una línea similar, la incorporación de las TICs y la virtualidad a las rutinas de vida diaria permitiría que estas relaciones

---

<sup>38</sup>“Cuando tengo el tiempo de descanso, por ejemplo empiezo a las cinco a leer, siete y media me tomo un descanso y ahí entro al Facebook un rato.” (Yesica. Entrevista realizada por la autora.)

sociales con las tecnologías sean consideradas como el aspecto visible de un nuevo escenario biopolítico de época, en el cual confluyen las estructuraciones de las coordenadas de la vida social y, más aún, ocurre la articulación de las identidades y las gestiones del yo. Entonces, para las mujeres, “el cuarto propio conectado” no estaría ya construido entre paredes que resguardan la intimidad y permiten el desarrollo de la creatividad, el cultivo de la subjetividad y la sustracción momentánea a las demandas sociales y familiares especialmente por el cumplimiento de tareas domésticas y de cuidado, sino que sería un cuarto materializado en las TICs y habitado en la virtualidad (Zafra, 2010).

Ahora bien, en los relatos de las mujeres acerca del tiempo dedicado al uso de TICs en el hogar es frecuente que se mencione alguna obligación, generalmente relacionada con la universidad o con la responsabilidad de mantenimiento de relaciones familiares a distancia, a modo de justificación que legitime ese uso del tiempo y no otro. La percepción de los períodos dedicados al uso de TICs como tiempo libre, evidente en los reclamos familiares, se vuelve esquivada cuando se configura en el autoretrato.

Nuevamente nos encontramos con la relación de las TICs a la idea del sacrificio o de la obligación, como si mediante un giro sobre sí mismo el tiempo libre una vez conquistado fuera nuevamente puesto a disposición de algún requerimiento externo. Sin embargo, es importante tener en cuenta que este modo de construcción discursiva del tiempo libre y las TICs echa luz sobre los repertorios disponibles para nombrar la experiencia de una situación y una relación específicas. Los obstáculos, banalizaciones y desalientos a la relación de las mujeres con las tecnologías digitales que analizamos previamente actuarían como habilitantes de un registro de inteligibilidad que permite establecer una relación directa entre el tiempo en que las mujeres

utilizan TICs y el cumplimiento de obligaciones y de sacrificios, ocultando la posibilidad de visibilizar esa relación en términos de placer, de esparcimiento o de elección.

Decir que las normativas sociales que regulan las relaciones y los roles de género han negado históricamente a las mujeres la posibilidad de nombrar al placer por el placer mismo, al juego o la diversión como fuentes de disfrute por sí mismas, como motivaciones válidas para su accionar diario, no es decir nada nuevo. Sin embargo, la manera en que esos ocultamientos se relacionan con los modos en que las mujeres nombran y legitiman sus relaciones sociales con las tecnologías abre algunas líneas para el análisis que desarrollaremos más adelante, y que tensionan ya no solo los discursos que constituyen a las tecnologías como actores sociales, sino que también plantean la necesidad de revisitar en términos de crítica inherente algunas de las categorías básicas y más difundidas de los Estudios de género para el abordaje de las relaciones sociales con las TICs.

Sobre la base de lo observado en el ordenamiento del tiempo de las tareas domésticas, de cuidado y sobre la estructuración del tiempo libre en el hogar, podemos establecer a modo de afirmación provisoria que los tiempos dedicados a las TICs y a la virtualidad son insertados en el entramado de las labores domésticas como si se tratase de una de ellas, si bien el reclamo familiar deja pocas dudas respecto a que no son consideradas plenamente como tales. Sin embargo, este maquillaje bajo el que se nombra al uso de TICs entre las actividades cotidianas como una obligación más que pesa sobre las mujeres alejándolas de toda relación con el disfrute o el esparcimiento, puede entenderse también como estrategia para hacer aceptable la habilitación velada de nuevas configuraciones de espacios y tiempos que permitan el

ejercicio de cierto margen relativo de libertad y autonomía, a modo de un cuarto propio conectado, quizás imperceptible para las propias agentes que lo habitan.

### ***Los espacios. Relaciones materiales con las TICs***

La presencia empírica de las TICs en su calidad de aparatos físicos, estructuras y plataformas de conectividad y tráfico de datos, es decir, su presencia en tanto objetos asibles y concretos, suele ser tratada como el dato que revela el aspecto más obvio y transparente de todos aquellos que constituyen a las tecnologías en tanto artefactos culturales. Sin embargo, al ubicar las TICs como elementos integrantes en la configuración espacial en los relatos de las mujeres, desde una perspectiva que considera a los espacios en su aspecto performativo, se revelan algunas complejidades que abren interrogantes acerca de aquella pretendida obviedad del dato empírico de la presencia física como disponibilidad inapelable. Al mismo tiempo, se abren líneas de reflexión acerca de los factores que las TICs introducen en el entramado de relaciones, valores y modos de habitar que constituyen el espacio.

En los relatos que describen el lugar específico donde se ubica la computadora o las computadoras en una casa, incluso cuando se trata de equipos portátiles, las respuestas distan mucho de ser lineales o superficiales, sino que aportan datos que hacen posible iluminar el cruce de valoraciones, anhelos personales, marcas biográficas, consideraciones sobre quién está habilitado o no para el uso de determinados equipos en determinados sitios, clasificación de las finalidades para las que puede usarse un equipo u otro en un lugar o en